

*Entre
la
Medianoche*

Entre la Medianoche

Mónica Alejandra Gómez Guajardo



Blagden

Entre la medianoche

© 2023, Mónica Alejandra Gómez Guajardo

ISBN en Trámite

Diseño de Portada: Braulio Cortez (*The Book of Gato*)

Maquetación: Marina García

Edición: Alexandra Martínez

Consejo Editorial: Nallely García



Blagden
Contemporánea

D. R. © Blagden Editorial

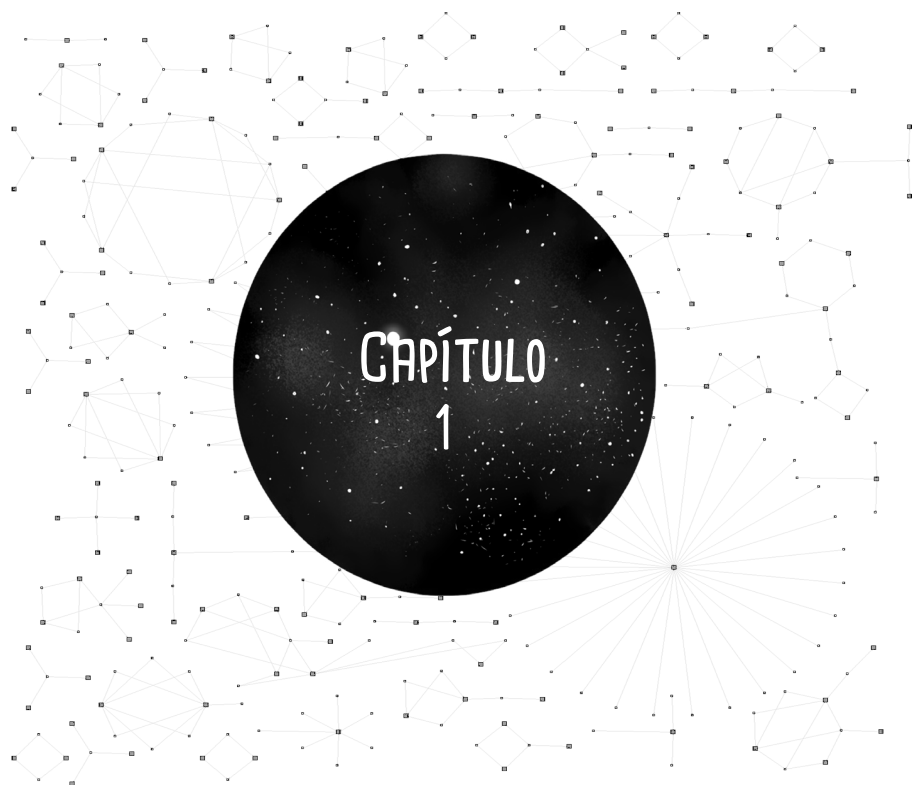
Blagden Contemporánea

CP 66648 Monterrey, Nuevo León, México

Entre la medianoche, Primera Edición 2023

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra,
sin previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Impreso en México / Printed in Mexico



La noche estaba bastante floja, y aunque el ruido de la música le gustaba, no lograba pensar con claridad.

Era uno de esos días, en los que solo ves y nada más, sin prestar atención, como si estuvieras en automático. Los chicos iban a llegar en unos cuarenta minutos, o eso debían hacer si no querían tener problemas.

La administración del lugar era demandante, aunque con los años ya se había acostumbrado. Incluso podía decirse que eso era todo lo que poseía. Algunas veces escuchaba a los muchachos y, sobre todo, a las chicas.

Que hablaban sobre lo que harían después, es decir cuando no estaban ahí, fuera de su trabajo, porque para ellos sí que era solo eso, trabajo.

¿O no?

No lo creía, o no lo sabía con certeza, pero la verdad era que tampoco le importaba.

Unos más, otros menos, pero el ritmo era habitual. Algunos meses el trabajo era más pesado y había más chicos, lo que quería decir que debía tomar las riendas con más fuerza y exigir. Pero otros, como los que estaban ahora, eran relajados, y entonces podía ponerse en ese estado.

Seguro se preguntaban qué hacía una vez que cerraban. Lo sabía por sus miradas y aunque había un halo de misterio a su alrededor, nunca obtenían nada más que lo que ya sabían.

Pero eso era todo, ese era el secreto resuelto, que en realidad no había ninguno.

¿Cuál vida? ¿Cuál otra cosa?

No había nada más que sus noches y medias tardes en el club, solo eso, y una larga soledad.

Estaba ahí, de pie, mirando con desgana cómo llegaban y se registraban. Lucían contentos, aunque ellos siempre daban la ilusión de ser así, porque era lo suyo, aunque por dentro las cosas fueran muy diferentes. No había lugar para emociones o algo

parecido que se anidara en sus pechos, y mucho menos en sus semblantes.

Ahí eso no importaba, porque era un lugar que solo brindaba momentos placenteros y bebidas felices, de esas que hacían olvidar.

Johana saludó con ese movimiento tan suyo que nunca desaparecía, y le devolvió el gesto. Luego otra y otra chica, hasta que Oliver le vociferó un «hola» mientras encendía un cigarro.

No los miraba en realidad, porque estaba atenta a la lista de proveedores. La bodega era un caos a esas horas, pero en cuanto comenzaba la música se volvía como un reloj suizo.

Tic tac, el tiempo pasaba, bastante lento, a decir verdad, pero ¿qué podía hacer para eso?

Tic tac, ¿de verdad te vas a hacer tonta? Ya sabes por qué estás volteando. ¿Será que va a llegar tarde? No era su costumbre, pero ya se acercaba la hora límite, a menos que...

Tic tac, no tienes que negarlo, estás impaciente, quieres, necesitas, bueno en realidad no, pero sabes que no puedes evitar que los ojos deseen que te muevas en su dirección para así poder...

Tic tac, más presión todavía, ¿en qué minuto estabas pensando? Ah sí, en el que la puerta está a punto de cerrarse porque el personal ya debería estar completo

y... Una oleada de tranquilidad angustiosa la inundó en el momento, y aunque se sentía como una tonta trataba de esconder esa mirada, al mismo tiempo que rogaba por no esbozar esa sonrisa.

Él pasó a ritmo lento, con la mochila azul en el hombro. Su camisa blanca aportaba un buen contraste con el lugar oscuro, por eso, la necesidad de voltear se hizo más fuerte.

El cabello castaño le rozaba el mentón y aunque cubría gran parte de su rostro, ella sabía que estaba sonriendo. La pulsera de elástico negro que se aferraba a su muñeca se hizo visible en cuanto levantó el brazo.

Lo escuchó decir «hola» al cadenero y hasta entonces se dio la vuelta. Apenas alcanzó a ver sus tenis hasta que se perdieron por el pasillo rumbo a la habitación en la que se preparaban.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que mirarlo? Solo era un muchacho, uno de los chicos que trabajaba ahí, y eso claro que sabía lo que significaba.

Había muchos como él, de esos que iban y venían con el tiempo, con los meses, a veces duraban y otras, no. Pero Deus ya llevaba poco más de siete meses, y eso quería decir que era de los que se quedaban.

Cuerpos de esos que te hacían voltear sin importar lo que estuvieras haciendo había por montones y más en sitios así.

Porque ese era el punto del club.

Atraer, hipnotizar, hacer que miren, hacer que quieran. Una bebida o quizá dos, de esas que llevan mucho hielo o algo tan simple como una cerveza.

Tal vez algo más atrevido, como un shot de algo fuerte, una mirada, o un movimiento sugerente y con eso, ardían por mirarlos, por tocarlos, por pasar un buen rato con esa compañía que sonreía y lucía fresca, apetecible y, sobre todo, dispuesta a recibir brazos y toques.

Ese trabajo no era para cualquiera.

Requería cierta manera de ser, de comportarse y sobre todo de sobrellevar. Saber distinguir una mirada o una sonrisa por trabajo, de una que era sincera, en el club era casi imposible, aunque ella, creía conocer la diferencia.

Un empleo, un momento, placer, risas, alcohol y luego seguían con lo suyo, con sus cosas, porque eso era solo un trabajo, algo que hacían para vivir porque les gustaba, o quizá porque no tenían otra opción.

Eso no era asunto suyo, nunca se metía y siempre respetaba. Era algunas veces confidente, y otras, apenas un maniquí que estaba ahí para exigir, que se encargaba de que siguieran las reglas y si no, de sacarlos para que otros llegaran y mantuvieran el negocio.

Pero ese grupo ya llevaba un tiempo razonable. Se llevaban bien, funcionaban, y eso le agradaba, porque volvía su trabajo más sencillo, digerible.

Claro que algunas veces se ponían pesados y debía recordarles cómo eran las cosas, pero eso, también lo disfrutaba en algunas ocasiones.

Ella era la jefa, la que daba las órdenes, y ellos debían ser flexibles y obedecer, si querían seguir ahí con lo que les daba el trabajo, además del dinero, y el departamento, siempre que estuvieran limpios, se hicieran los exámenes y accedieran a acompañar a los clientes, ya fuera con sus deseos o con alguna copa.

Era un trabajo en el que había que beber, o fumar incluso algo más que un simple cigarro, pero solo hasta ahí, nada más denso, esa era la otra regla.

Los chicos y chicas eran lindos, todos, así debía ser. Cumplían con ciertos requisitos, pues no era una cantina de mala muerte. Los conocía a todos, en esos momentos había veintiséis, y aunque más de la mitad asistía de planta, había unos pocos que solo iban dos veces a la semana.

Y sí, estaban clasificados, eso era muy cierto. Sonaba frío, pero necesario. No todos los clientes tenían las mismas necesidades, y no todos los que trabajaban estaban dispuestos a hacer lo mismo tampoco.

Estaban los que pedían los clientes más selectos, esos eran a los que más cuidaban y los que tenían unos pocos privilegios, unos que nunca estaban por encima de los suyos, porque ahí, ella era una especie de ley.

¿Todo eso vino a su mente con el simple caminar de Deus? Sí, porque algo parecido le había pasado

desde aquella vez que tuvo la oportunidad de verlo con detenimiento.

Llegó porque una chica, Karen, fue la que lo llevó. Habían trabajado en un sitio juntos en el pasado y cuando necesitaron más muchachos, lo invitó. Fue aceptado de inmediato por su experiencia y la facilidad con la que, además de pasar las pruebas, se desenvolvía para ese tipo de trabajo.

Fue escalando en las pocas semanas, y los clientes exigentes lo miraron y una vez que lo probaron, no quisieron soltarlo. Solía tener todas las noches ocupadas, así que era de los que trabajaban todos los días. Era bien parecido, como los demás, no diferían en nada. Pero esa sonrisa le parecía dulce, aunque sonara cursi, siempre pensaba en esa palabra cuando lo veía sonreír.

Le parecía atractivo, y sensual, y a pesar de que su cuerpo le llamó la atención desde ese día, la verdadera atracción, y la responsable de que volteara como una clienta caliente, era algo que tenía que ver justo con eso, con el deseo.

El club se dividía en varias secciones.

Estaba la general, la que ves justo en la entrada, ahí estaban los empleados que no llamaban la atención de nadie importante, solo para servir las necesidades de cualquier recién llegado.

Luego estaban los que se localizaban en el fondo, los que tenían algo que les atraía a más personas, y por ello, tenían una cantidad decente de otras dispuestas a pasar un rato a su lado, pero ese precio era más alto que el de los otros, porque, además, se prestaban a hacer más actividades para complacer, siempre que hubiera dinero de por medio, por supuesto.

Y al final estaban los altos, esos que contaban con clientes selectos que solo iban por ellos, que no deseaban ninguna otra compañía y que les molestaba compartirlos con los que solo iban por casualidad.

Esos eran los que se convertían en auténticas minas, pero que también significaban un nivel más exigente de servicio.

En la planta alta del club se encontraban esas mesas y también, los chicos y chicas que conformaban la zona top y entre ellos, estaba Deus.

Eran apenas cinco mesas pequeñas y altas, en las que cada una tenía cuatro sillas que rara vez se utilizaban por completo, debido al recelo de esos clientes, y de las sumas que estaban dispuestos a soltar por tenerlos solo para ellos.

Fue ahí, en la mesa más cercana a la barra, una de las dos más costosas de todo el club, la que tenía lo que quedaba de ese whisky añejo en el vaso grueso, y al lado, el shot de tequila que esperaba a ser bebido también. Distinguió su hombro, por la pulsera de elástico que reposaba en su muñeca.

Ella siempre estaba en esa barra, la de la planta alta, el área más sofisticada, la de los tragos refinados y la gente que al menos lucía de esa forma, aunque en la oscuridad de las habitaciones del fondo, seguro no lo eran.

Contaba con una vista privilegiada de todo el sitio, porque era parte de su trabajo, observar y cerciorarse de que nada se saliera de control, y también, de que los clientes disfrutaran al máximo.

Esas mesas eran las precursoras de todo. De una caricia que ya no podía controlarse y debía emanar donde nadie más mirara, o de un arrebato que de pronto ya no podía ser delante de otros.

Él se giró y dejó que el cliente lo abrazara, una mujer de cabello largo, que era muy asidua al club y ya se había ganado la insignia de cliente veterana. Entonces, divisó su rostro, y esa sonrisa, la misma con la que hacía unas horas la había recibido.

Alargó el brazo, y bebió el tequila.

Por eso también supo que era él, porque el tequila era una cosa suya, y aunque los demás también lo pedían con regularidad, cuando estaban con un cliente como esa mujer solían elegir el mismo trago, porque era más costoso.

Ella lo tomó con fiereza del cuello y lo besó con la misma rudeza.

Ese beso.

La forma en que se acomodó entre su cuerpo. La facilidad con la que le devolvió ese tacto con la misma sensación, le atrajo. Sus labios se movían con rapidez, y las manos de la mujer lo apretujaron más hacia ella, mientras descendían hasta la parte baja de su espalda.

Pero no fue ese acto, sino, la expresión de su lenguaje corporal en ese lapso, en el que el beso pasaba a convertirse en una larga caricia, y luego a otra cosa más intensa, hasta que apenas unos minutos después se alejaban para ir a la habitación que ya tenían reservada, para llegar todavía más lejos.

Esos labios, la forma en la que la habían besado, se veían tan... Fue ahí cuando deseó ser ella la que pudiera hacerlo también.

Estaba rara, nunca se encendía con la fiesta de los clientes, casi siempre le resultaba asqueroso, pero eso... seguía siendo raro.

Al día siguiente observó lo mismo, y al siguiente de nuevo, y otra vez. Veía a Deus, sus labios, y la forma en la que besaba otros. Parecía tan... intenso, fuerte y suave al mismo tiempo, que por momentos sentía una emoción malsana, como si quisiera estar ahí, en esa mesa.

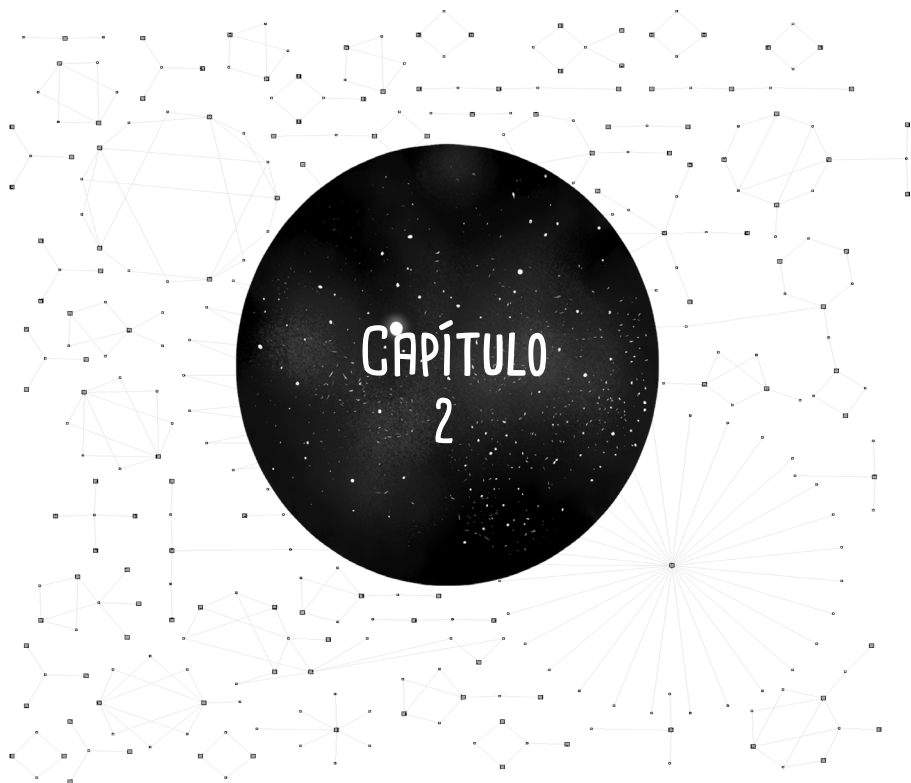
Era su culpa. Porque se movía de esa manera, y su boca...

Ahí era cuando se descubría tocándose los labios pensando en los suyos, en cómo presionarían, junto al peso de su cuerpo, ¿cómo sería tenerlo tan cerca?

Entre la medianoche

¿Su cabello se sentiría suave si chocaba con su cara cuando se aproximara para...? ¿Qué le pasaba?

Deus era solo un empleado más, que se la pasaba complaciendo a diferentes clientes que lo buscaban con descaro, y al finalizar la noche, cuando lo veía salir con la mochila y la ropa sencilla con la que también llegaba, le decía adiós con un gesto y él, en cambio, le regalaba una sonrisa de esas, que le gustaban.



Una tarde más. Faltaba poco para abrir y se esperaba una noche movida. Tomó un sorbo de su refresco y se puso en la computadora.

Llevar la administración del lugar a veces era un completo dolor de cabeza, pero se daba el tiempo para conversar con todos cada que podía, y cuando las chicas se reunieron a su alrededor para contarle alguna cosa, la cerró y con gesto alegre les dijo que tomaran asiento.

Pensaban que era agradable, eso le gustaba, aunque también tenían sus reservas, pues nunca olvidaban que era la jefa.

Charlar con las chicas era sencillo, y Karen, que era con la que más congeniaba, era además la compañera de Deus, en uno de los departamentos donde vivían los empleados que se dedicaban a prestar servicios.

Ella le contaba algunas cosas sobre él, como que, a pesar de que hablaba con todos solía ser reservado, y prefería pasar el rato en su habitación en lugar de salir con los demás de compras o algo similar.

Esas pláticas le servían para saber cómo eran los clientes según la perspectiva de ellos, para conocer cómo se comportaban y establecer mejor los controles para el beneficio de todos.

Pero cuando notó que la conversación se tornó más en uñas postizas y maquillaje, dejó de oír, hasta que regresó a los clientes y de la nada, Lucía mencionó que Karen sabía cómo besaban varios de sus compañeros y aunque se puso atenta porque era algo interesante, regresó a su modo de trabajo, hasta que mencionaron a Deus.

¿Karen lo había besado?

Enseguida algo en su estómago se movió, presa del deseo que él provocaba en ella, y sus labios se abrieron para hacer esa pregunta, aunque al final se contuvo, para que no se dieran cuenta, pero Karen las miró sonriente, y asintió.

Lo había hecho, y agregó que consideraba a Deus un buen besador, al menos en su experiencia, y lo había disfrutado. El momento se dio mientras ambos habían estado con un cliente que los pidió juntos, pero solo para unos cuantos besos, y luego eligió quedarse a solas con ella.

Eso debió haber calmado su sed, pero no fue así.

El deseo ardía al pensarlo, a pesar de que fingió que no estaba pasando y esperó que la noche se lo llevara. Aunque no lo consiguió.

Lo pensaba de manera recurrente, ansiando satisfacer esa necesidad, hasta que recordó esas otras ocasiones.

No podía negarlo, lo había hecho, y aunque no creía que fuera muy justo, era un asunto que debía realizar de forma obligatoria para mantener ese estatus de poder, cosas que en lugares como el club debían pasar para marcar el territorio, por asignarle una frase, que tampoco le gustaba.

Todo debido a su posición. Aunque tampoco podía negar que había disfrutado esos instantes, con todo y ese dejo de que no debería, y se convertían en algo agradable, y hasta pícaro.

El jefe tenía ese privilegio, el de poder pasarla con el que pretendiera, siempre que quisiera, eso debía quedar muy claro, pero hasta ahora nadie se había negado. Por eso estaba tentada a hacer uso de ese recurso, aunque le pareciera bajo.

Pero ya no podía soportarlo, así que lanzó el anzuelo y esperó tener suerte.

¿Cómo hacer que pasara desapercibido? ¿Qué nadie se diera cuenta que lo había elegido a él? Solo había una forma.

Fingió estar malhumorada.

Los que llevaban ahí casi tantos años como ella, sabían que cada que se ponía en ese estado lo mejor que podía pasar para calmarla y llevar el lugar sin ese ambiente hosco, era darse un momento con algún muchacho, eso los beneficiaba a todos al final, porque hasta les terminaba invitando una bebida de vez en cuando, si le quitaban ese humor.

Era la excusa, el motivo para ganarse ese pequeño momento, que le enseñaron los otros socios, y se suponía que debía hacerlo para que no olvidaran que tenía que dar el visto bueno, y de paso, probar lo que le estaban ofreciendo a los clientes.

¿De verdad sonaba tan frívolo?

La última ocasión en la que lo hizo rozaba casi los dos años. ¿De verdad hacía tanto que no se encendía con un hombre? Por eso se acomodó en la barra, vociferando regaños a todos los que estaban a su alrededor.

Se pasó la voz de que no estaba de buenas, cerrarían en menos de una hora y el lugar ya estaba algo vacío. Deus estaba sentado en la mesa más cercana, así

que el trabajo le quedó muy sencillo. Lo apuntó con desdén y se quedó quieta hasta que llegó a donde se encontraba.

Estaba algo sudado y la camisa gris claro se le pegaba al cuerpo. Respiró con fuerza y comenzó una plática que terminó en menos de dos minutos, para ir a dónde quería.

—No es una buena noche, estoy harta de todo esto, y esa música me tiene asqueada —le dijo como escupiéndole las palabras.

¿Habría entendido lo que trataba de decirle?

—¿Y qué es lo que se puede hacer para que ya no estés de ese modo? —respondió con una media sonrisa y sin quitarle la vista. Esperando, entonces sí había captado.

De pronto se sintió nerviosa, pero lo enmascaró con una mueca de falso enojo. Abrió la cerveza, le dio un trago y luego se la ofreció.

¿Comprendería ahora?

¿Y lo que le seguía a eso?

Hubo un momento de silencio, pero él sabía lo que buscaba. Aceptó la botella, la bebió por completo y la puso en la barra, una vez más, esperando.

Sintió las miradas de los demás, en parte presionando, y también, aguardando para que ella tomara lo que quería, y el deseo de sus entrañas le dio el valor para ya no pensarlo más y solo hacerlo.

Apenas presionó su espalda, él se acercó hasta atravesar la barra y sentarse, una vez más quedándose quieto luego de ese movimiento.

—Al menos no tengo que mostrarte cómo funcionan las cosas aquí —le dijo mientras se aproximaba y le extendía las piernas para acomodarse entre ellas.

Las acarició con un gesto tosco, hasta que llegó a su trasero. Había permanecido observando lo que hacía, y cuando levantó la cara, él ya estaba tan cerca que sintió su aliento con alcohol, y la besó.

Esos labios, al fin pudo saber a qué sabían esos labios. Los sentía presionar los suyos, fue un contacto fuerte, con vehemencia, sin ninguna candidez y repletos de tensión.

Enseguida abrió la boca para continuar y dejó que lo siguiera tocando, pero apenas dos, tres besos más, y se separó. Abrió otra cerveza y se la acercó para indicarle que ya podía irse.

Le dio un trago grande, volvió a pasar por la barra, y le sonrió antes de marcharse a la otra parte del club.